

ECOS ENTRE RUINAS DE UN PODER OLVIDADO: *EL CASTILLO DE SARNAGO*

Eduardo Alfaro Peña

Cuando se sale de San Pedro Manrique por la carretera de Magaña es difícil no fijar la atención en la iglesia-fortaleza de *San Pedro el Viejo*. Estas ruinas que atraen y nos invitan a subir para indagar en los misterios que esconden, atesoran algo más que el eco apagado de la inquietud religiosa templaria. Allí arriba, sobre los riscos, sirviendo de cimiento al monasterio, descansa la huella casi borrada de un tiempo en que mujeres y hombres bailaban por la noche a la luz de la luna en honor de unos dioses sin nombre y tal vez también, como hoy muy cerca, se cumplía ya con el rito purificador y valiente de caminar sobre brasas.

Mucho más de mil años antes de que se construyese el edificio religioso que hoy vemos en ruinas, antes de que el poder imperial romano mantuviese su orden legal sobre el alto Linares desde un poblado central animado y floreciente, *Los Casares* de San Pedro, incluso antes de que el propio núcleo de *Los Casares* fuese la capital dominante del territorio cuando las ciudades celtibéricas luchaban contra el avance de Roma, antes, existía ya en el cerro que hoy se conoce como *San Pedro el Viejo*, un pequeño poblado castreño perfectamente defendido por una muralla que cobijaba en su interior unas cuantas docenas de viviendas. En total, un poblado de no más de algún centenar de personas que, al igual que los que habitamos hoy esta tierra, la sentían como propia: las tierras del entorno eran suyas, ellos las labraban y el cereal que recogían era suyo, el pasto con que alimentaban al ganado era suyo, como suyas eran las leñas de los montes inmediatos que ardían en sus cocinas y calentaban sus hogares en los largos inviernos de la Sierra.

Hombres y poblados en el nacimiento del Linares en época celtibérica plena

Igual que el poblado celtibérico de *San Pedro el Viejo* dominaba y explotaba el territorio de su entorno, otros poblados contemporáneos hacían lo propio en cada uno de los valles que confluyen en torno a San Pedro Manrique. Las gentes de *El Castellar* de Taniñe vivían del arroyo del Regajo que comunica con Tierra de Yanguas, las del *Castillo de Rabanera* del río Ventosa que sube hasta Huérteles, las de *Los Castellares* de San Andrés de San Pedro dominaban el alto Linares que por Oncala



Sarnago, el Castillo, desde el pie meridional de San Pedro el viejo

comunica con Numancia, las de *Torretarrancho* poseían las tierras de La Torre y Valtajeros que llevan a Tierra de Magaña, las de *El Castillo* de San Pedro el sector bajo del arroyo del Regajo y la entrada a los cortados septentrionales, y las de *ElCastillejo* de Buimanco controlaban las tortuosas barranqueras de la margen izquierda del Linares al norte del barranco de San Fructuoso.

De una forma muy parecida a la actual o, mejor dicho, de una forma muy parecida a la que conocieron nuestros abuelos (un régimen de explotación de la tierra preindustrial), en época celtibérica todo lo que es aproximadamente el territorio del alto Linares o Tierra de San Pedro estaba repartido entre una serie de poblados que vivían de los recursos agrícolas, ganaderos y forestales de su entorno inmediato.

Entre ellos existían pactos de convivencia y la consiguiente delimitación de sus respectivos espacios con fórmulas parecidas a las actuales, como los amojonamientos. Igual que hoy surgirían litigios por el control de determinadas tierras y sus bienes. Si bien es probable que en momentos puntuales se pudo llegar al empleo de la fuerza para resolverlos, lo normal sería solventarlos con acuerdos gracias a la mediación de terceros, como está probado que se hacía en otras zonas de la Celtiberia.

El texto más conocido en este sentido es el que aparece en el bronce de Botorrita, Zaragoza (la ciudad celtibérica de *Contrebia Belaisca*), donde se da cuenta de un pleito entre dos comunidades indígenas resuelto gracias a la mediación de magistrados romanos.

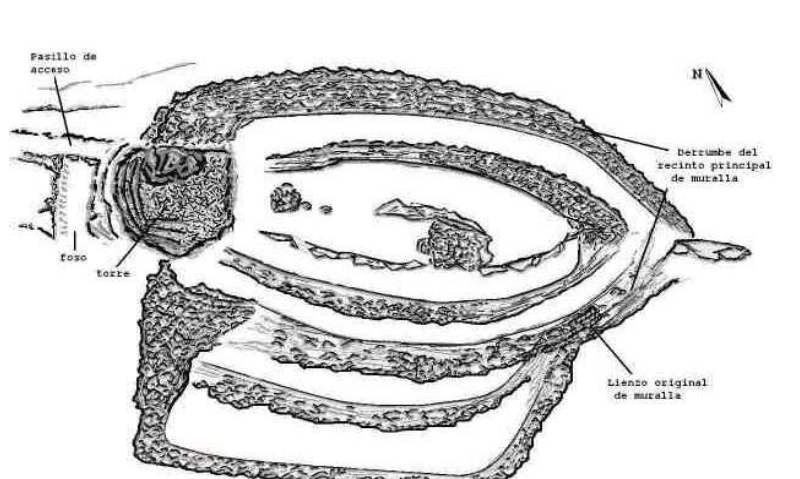
El respeto mutuo entre vecinos de las tierras y bienes de cada uno a todos interesaba pues suponía mantener el *estatus* territorial y, por lo tanto, el respeto ajeno a la propiedad del territorio propio.

En época celtibérica también está probado un gran auge demográfico, un importante aumento de la población. Gracias a la difusión del hierro y a su empleo generalizado en los aperos de labranza se pudieron roturar y poner en cultivo tierras que antes eran eriales y zonas de pasto, lo que generó una mayor producción agrícola. Sin embargo parece que no fue suficiente como para compensar la expansión demográfica del momento. Cuando en un territorio los recursos económicos son menores que la población a la que deben abastecer, se producen tensiones que la propia dinámica vital se encarga de aliviar buscando soluciones que no perjudiquen al grupo humano que las sufre. Las soluciones, vistas desde la forma de pensar occidental contemporánea y en la lejanía que proporciona el paso de los siglos pueden resultar extrañas, incluso irracionales juzgadas desde nuestra lógica y nuestro sentido común. Las creencias y los ritos, las características culturales y sociales de las gentes celtibéricas, aparecieron, se desarrollaron y se fijaron como sus elementos de identificación cultural a partir de determinadas necesidades y problemas para los que fueron solución. En este sentido, ante los desequilibrios entre población y recursos, la alternativa actual es la emigración. Hace dos milenios una

opción socialmente reconocida para la juventud celtibérica como la que habitaba el alto Linares, era enrolarse en el ejército de las potencias mediterráneas (Roma, Cartago,...) o servir a los reyezuelos ibéricos del Mediterráneo peninsular. Otra muy frecuente y que estaba bien vista por la comunidad, era

que grupos de jóvenes se marchasen a la aventura para dedicarse a la rapiña en tierras lejanas, nunca en las proximidades pues derivaría en conflictos de convivencia muy serios para el grupo humano al que pertenecían. Regresar al poblado con abundante botín después de vagar a la aventura o después de servir como mercenarios suponía un gran reconocimiento y prestigio en el poblado.

Estos poblados que se repartían todo el territorio del alto



Sarnago, El Castillo. Planta apartir del a dispersión de los derrumbes

Linares, eran los equivalentes en su tiempo a nuestros pueblos desde un punto de vista geográfico y económico. Las posibilidades agrícolas y ganaderas del valle del Linares hace poco más de dos mil años eran similares a las que disfrutaban y sufrían nuestros abuelos hace cien años, es por ello que el potencial demográfico al que podían alimentar era también parecido. La conclusión es obvia, no hubo de haber gran diferencia entre el óptimo demográfico celtibérico y el óptimo demográfico de nuestros pueblos. Por tanto, partiendo de la relación entre demografía, geografía y recursos, habría que asumir que allí donde encontramos un pueblo en el pasado reciente, hubo de existir un poblado en época celtibérica que dominase y explotase ese mismo espacio o uno parecido.

El lugar donde se ubicaba cada poblado dentro de ese territorio es lo que ha variado, dependiendo de las condiciones sociales, económicas y culturales de cada momento. Así, en el periodo histórico que nos ocupa, la Edad del Hierro avanzada/celtibérico pleno (aproximadamente entre los siglos IV-II a.C.), encontramos que los poblados solían ubicarse próximos a las tierras de cereal y en lugares más bien elevados respecto al entorno que permitiesen una fácil defensa, complementando las estructuras defensivas artificiales con un buen emplazamiento natural. Esas son las características de todos los castillos celtibéricos del alto Linares de los que se ha hablado hasta ahora: *San Pedro el Viejo*, *El Castillo de San Pedro*, *El Castillejo de Buimanco*, *Torretarrancho*, *El Castellar de Taniñe*, *El Castillo de Rabanera* y *Los Castellares de San Andrés*. El nombre de los lugares que nos ha legado la tradición habla por sí mismo de su origen remoto y de lo que eran: Viejo, Castillejo, Torre, Castellar, Castillo, Castellares... torres y castillos de un tiempo ancestral decorando el paisaje que hoy decoran nuestros pueblos. Pero el paisaje era el mismo: los mismos cerros, los mismos ríos, los mismos barrancos, el mismo tipo de vegetación y bosque..., hace dos milenios recorridos por caminos preparados para carros en el mejor de los casos, hoy abandonados y olvidados por el trazado reciente de pistas y carreteras.

Esta regularidad dice mucho de algunas características de aquellos tiempos: preocupación por estar próximos a las tierras de cereal, lo que supone una gran importancia de este medio de subsistencia si tenemos en cuenta que Tierras Altas es un territorio cuya mayor potencialidad tradicional es la ganadera, y preocupación por dificultar el acceso al poblado de elementos hostiles que pongan en peligro la supervivencia de sus gentes.

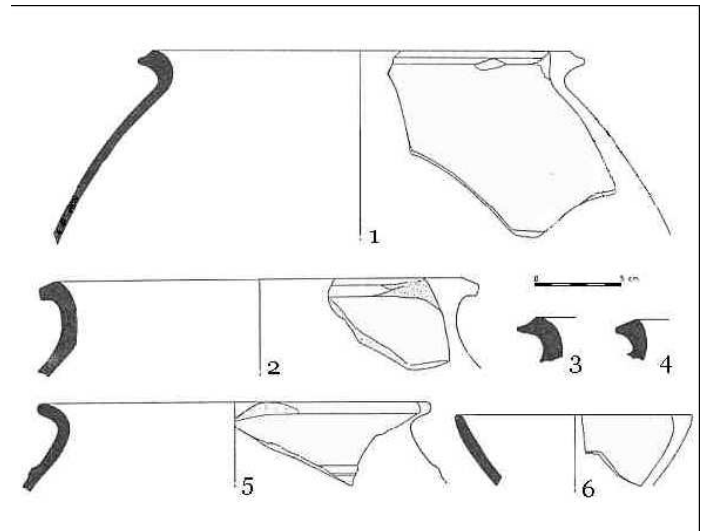
Esta supervivencia se refiere no sólo a la propia vida de sus habitantes, sino también y sobre todo, a los bienes ligados a la misma, como el ganado, el grano, etc., parte del cual o todo se guardaría o pernoctaría dentro del poblado. No está de más recordar lo dicho sobre el prestigio social que suponía para los jóvenes guerreros el regreso al poblado con un abundante botín conseguido lejos de su tierra. Por esa misma razón cada poblado del alto Linares era una víctima potencial de la rapiña de grupos de guerreros ajenos y lejanos a la comarca.

Para la época celtibérica que nos ocupa, en lo que es el nacimiento del Linares, además de los citados, conocemos dos yacimientos más que se separan un tanto de la línea que siguen los anteriores. Uno es *El Castillejo de Taniñe*, castro de fundación más antigua que se mantiene habitado en época celtibérica, parece que mermado y sin el peso social y político que tuvo en un pasado no muy lejano. Está en un cerro elevado, con un tipo de defensa diferente a la de nuestros castillos –muralla continua bastante uniforme delimitando tres flancos, complementada con piedras hincadas–, lejos de las tierras de cereal y que, en época celtibérica plena, parece depender del muy pujante y próximo *Castellar de Taniñe*. El otro es...

El Castillo de Sarnago

Sus estructuras defensivas participan de las características habituales de los castillejos que venimos hablando: una gran torre cortaba el punto más accesible y por tanto vulnerable del cerro, el oeste, antecedida de un foso en el que se dejó un pasillo de acceso de unos 2-3 m de anchura. El castillo se complementaba en su sector superior con una muralla protegiendo y cerrando un espacio de entorno a

media hectárea. Tiene *El Castillo* varias escarpas sucesivas y concéntricas escalonando el acceso. Aún pueden verse en el sector sudeste varias alzadas de piedra de lo que fue su lienzo original. Estas tres escarpas más el rellano inferior son la zona más acogedora del lugar, en la solana meridional del castillo, por lo que no sería extraño que en ellas se hubiesen construido algunas viviendas. Indicios de vida doméstica en estos escalones son los fragmentos de cerámica y las piedras de moler, aunque también pueden proceder de la cima por rodamiento. Recorriendo los restos del castillo no hay ninguna evidencia clara de las viviendas que pudo cobijar. A diferencia de otros yacimientos contemporáneos, no se ve ningún



Sarnago, *El Castillo*. Cerámica de tipo celtibérico según F. Romero

fragmento del adobe característico de esta época, por lo que, vista la abundancia de piedra suelta, es evidente que el principal material de construcción fue la piedra y que las cubiertas eran de madera y ramaje. Los fragmentos de cerámica, frecuentes por la superficie de la fortaleza y en la ladera meridional, no dejan lugar a duda de la cronología celtibérica del castillo. La mayoría son cerámicas realizadas a torno y cocidas en hornos en los que se reguló la entrada de oxígeno, consiguiendo el característico tono anaranjado de la cerámica de tipo celtibérico. También es característico el adorno con sencillos trazos de pintura negra, como semicírculos concéntricos. La forma dominante es la de recipientes de tamaño mediano, similares a nuestras tinajas (cuando son grandes, en la terminología arqueológica suele utilizarse la palabra latina *dolium*, *dolia* en plural). Son características de esta época y de estos *dolia* las cerámicas con bordes de cuello exvasado –es decir, vueltos hacia fuera–, que por la forma de su corte la investigación arqueológica venía denominando de tipo “cabeza de pato”, también bordes “cefálicos” y, más recientemente, bordes exvasados con moldura en el labio y ñada horizontal. El uso de este tipo de recipiente cerrado está vinculado al almacenaje de alimentos (por ejemplo grano) y también es aparente para contener líquidos. Son frecuentes los bordes denominados exvasados simples, también llamados tipo “palo de golf” por la forma de su corte, pertenecientes a vasijas cerradas y de tamaño mediano y pequeño. Además de estas formas cerradas están atestiguados fragmentos de cuencos, de vasitos pequeños y de una copa. Aunque escasos, no faltan algunos trozos de cerámica realizada a mano, de pasta tosca y tonos oscuros.

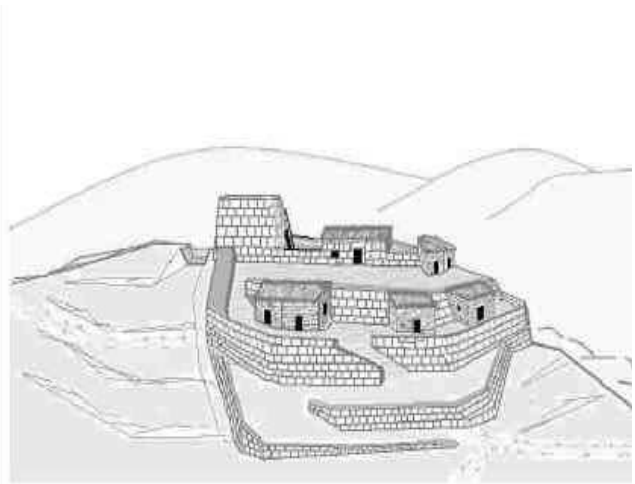
Tras más de un siglo de investigación sobre las cerámicas peninsulares en la Antigüedad, parece probado que el uso del torno y la técnica de cocción cerámica oxidante, característica de las producciones celtibéricas, se importa del mundo levantino y mediterráneo en torno al siglo IV a.C., y que se generaliza su uso en el siglo III a.C.

Con anterioridad era exclusiva la cerámica realizada a mano y cocida en hornos a fuego reductor –sin entrada de oxígeno o sin control del mismo–, lo que se traduce en vasijas de color oscuro y no uniforme.

A partir del siglo III a.C. sigue apareciendo la cerámica hecha a mano, pero su producción es testimonial si se compara con la abundancia de la cerámica fabricada a torno, anaranjada, de tipo celtibérico. Con estos datos, y a falta de excavaciones arqueológicas que proporcionen una buena seriación estratigráfica, puede asegurarse para *El Castillo* de Sarnago una cronología de los siglos III a.C. Esta cronología podría remontarse un siglo por la aparición de los fragmentos de cerámicas a mano. No parece que pueda llevarse su final más allá del siglo II a.C. o, todo lo más, principios del siglo I a.C. La razón más concluyente es que todas las piedras de moler que se ven entre los derrumbes de la ladera meridional son del tipo más arcaico: barquiformes o de vaivén. El rudimento en que se basa la producción de harina con el molino barquiforme o de vaivén consiste en la molienda del fruto (cereales, bellotas,...) entre dos piedras, una inmóvil en la base otra cogida con las

manos para friccionar de adelante a atrás y viceversa, de ahí su nombre de vaivén. El nombre de barquiforme proviene de la forma que adquiere la piedra inferior tras una utilización muy prolongada, asemejada a una nave o barco. A partir del siglo II a.C. aparece en el alto Linares la innovadora piedra de moler circular, atestiguada únicamente en el poblado central que capitalizó el poder en la época celtibérica más avanzada, *Los Casares* de San Pedro. Igualmente, las cerámicas de tipo celtibérico de Sarnago carecen de las formas y las decoraciones pintadas que se ponen de moda a partir del siglo I a.C. Todas son formas y decoraciones clásicas y sencillas. En definitiva, el de Sarnago, como todos los castillos celtibéricos contemporáneos de la comarca, no da muestras arqueológicas de vida a partir del siglo I a.C.

El emplazamiento de *El Castillo* de Sarnago, en un cerro muy elevado (1301 m sobre el nivel del mar), sin ninguna protección respecto a las inclemencias climatológicas provenientes del norte y noroeste, hubo de hacer del lugar un sitio muy desahagible durante el invierno, largo y frío por estos lares. El potencial económico del entorno, de indudable base ganadero-forestal, rompe la constante agrícola del resto de castillos contemporáneos, y también se desvía de la inercia de su tiempo al emplazarse en terrenos de alturas bastante elevadas, tanto absoluta (sobre el nivel del mar) como relativa (sobre el entorno inmediato). Cuenta con algunos potenciales terrenos de cereal, pero a una distancia mayor de lo habitual si se exceptúan los abancalamientos que se suceden por la vertiente meridional y oriental del cerro. Aparentemente el trabajo agrícola supondría una inversión añadida en tiempo debido a la distancia. En definitiva, *El Castillo* de Sarnago tiene un potencial económico preferentemente ganadero-forestal, basado en el aprovechamiento de los pastos para alimentar el ganado, y en la explotación del bosque por sus leñas y su caza, que se complementarían con los más escasos y sobre todo alejados terrenos agrícolas.



Sarnago, El Castillo. Reconstrucción ideal

Un dato evocador de las características montaraces y agrestes del término de Sarnago es la mención en el Diccionario de Madoz, publicado a mediados del siglo XIX, de la existencia de lobos en esta parte de Alcarama. Bosques de roble, algunas hayas en las umbrías, nieve, frío, viento y hielo en el invierno... y lobos acechando al ganado; y en aquel cerro elevado y solitario un castillo levanta la barbilla sobre todo el territorio del Linares, y también sus señores, hombres vestidos con pieles y cubiertos con un manto de lana con capucha, el característico *sagum* celtibérico que mencionan las fuentes latinas, el mejor abrigo contra el frío. Desde mayo hasta otoño calzón ajustado y camisa suelta fijados ambos por un cinto; para el frescor de la noche durante el buen tiempo un manto ligero de lino sujeto al hombro o el pecho con una fíbula (gran imperdible). Pasto siempre fresco, terneros, borregos y potros retozando, caza abundante, jabalíes y venados, conejos y perdices, los frutos del bosque recolectados,... y en agosto la siega, vueltas con el trillo en las eras para, por fin, llenar de grano los *dolia* del sótano y la trasera de la torre. Simiente para la siguiente cosecha, tortas de pan para no pasar estrecheces en el castillo el próximo invierno.

Si nos fijamos exclusivamente en el emplazamiento respecto a su territorio de explotación y en su área de captación de bienes, tiene *El Castillo* abundantes pastizales y masa boscosa en el norte y este, tiene bancales dedicados al cereal en las laderas meridionales, controla visualmente su territorio y también el tránsito entre el centro de la cuenca del Linares y la cabecera del río Valdeprado.

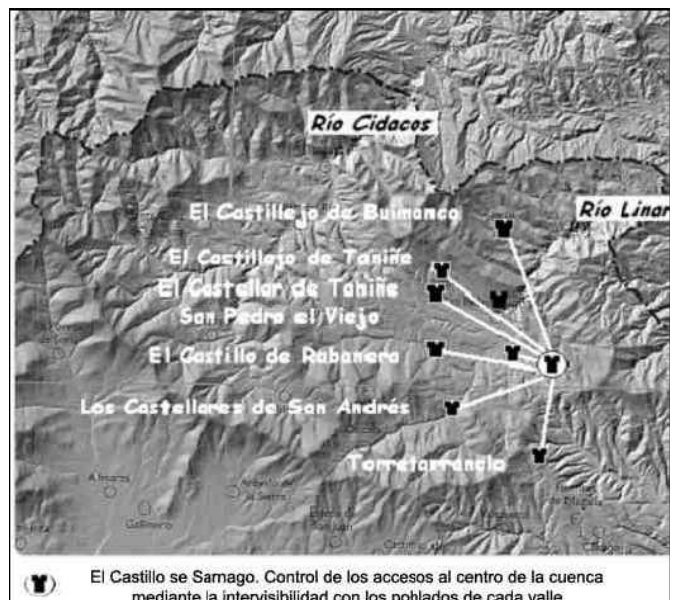
En definitiva, las gentes del viejo castillo celtibérico vivían con las mismas holguras y las mismas estrecheces con que se pudo vivir en el pueblo de Sarnago cuando todas sus casas estaban llenas de vida. Sí tenían una preocupación especial añadida, los movimientos de gentes ajenas merodeando cerca de sus rebaños, de sus cosechas y de su familia.

Los recursos eran los mismos y los medios técnicos para explotarlos parecidos (arado, caballerías, pastoreo, recolección y caza en temporada, algunos intercambios, etc.). A cambio de seguridad y control sacrificaron algunas comodidades como vivir en un lugar abrigado y con un buen manantial. Pero la seguridad y el control bien merecían la pena. Ningún movimiento de los alrededores escapaba de su vista, en ello les podía ir la propia supervivencia. En contra de lo que pudieran sugerir estos datos, no hay que pensar que vivían en continuo conflicto. En los tiempos celtibéricos se consiguió cierto equilibrio territorial y poblacional, síntoma del cual es la expansión demográfica atestiguada arqueológicamente en el río Linares y en toda la Celtiberia, con poblados cada vez mayores y con la aparición de los primeros núcleos urbanos.

Un castillo estratégico

El equilibrio territorial y el freno a las agresiones por la apetencia de los bienes ajenos se consiguió gracias a estos poblados fortificados que afianzaron la seguridad y el control en sus respectivos territorios. Cada castillo era autónomo, dueño y señor de su espacio. Sin embargo hay un detalle que habla de colaboración entre ellos y que hace singular a *El Castillo* de Sarnago. Indicios son su excepcional altura respecto al territorio circundante y también lo alejado que se encuentra de las tierras de cereal, tan atractivas para las gentes de su tiempo.

Durante la conquista romana parece que el interior peninsular se encontraba en un proceso de estatalización, es decir, se están formando núcleos de poder cada vez mayores que apuntan a una futura formación de estados. Estos estados todavía no han cuajado –ni cuajarán, abortado el proceso por la conquista romana– siendo las ciudades los elementos máximos del poder en ese momento. Durante la conquista del interior peninsular Roma no se enfrenta a pueblos ni a grandes entidades étnicas, Roma se enfrenta a ciudades hispanas libres e independientes, muchas de las cuales colaboraron entre sí ante el enemigo común, pero algunas se aliaron con la potencia mediterránea contra sus hermanos de sangre y vecinos. En tierras de San Pedro Manrique el núcleo urbano que cumplirá esta función es el de *Los Casares* de San Pedro, que aglutinará y unificará el territorio de todos los castillos dispersos por el alto Linares. El primer síntoma de este proceso de unificación, que se consolidará en la realidad de *Los Casares*, lo proporciona *El Castillo* de Sarnago.



Una de las citas obligadas al afrontar la Arqueología espacial es el estudio de la intervisibilidad, es decir, analizar la colaboración entre poblados basada en su contacto visual. El resultado con *El Castillo* de Sarnago, como muy bien supo ver el profesor M. A. San Miguel hace una década, es extraordinario. Por sus características y altura el término de Sarnago resulta ser el único espacio que permite tener contacto visual con todos los valles que conforman la cuenca de recepción del alto Linares, y dentro de ese espacio, el emplazamiento de *El Castillo* le permite conectar visualmente con el poblado dominante de cada valle. Esta es la razón de las divergencias del poblado celtibérico de Sarnago respecto a las constantes que mantienen el resto de poblados contemporáneos. Se trata de un castillo especializado en el control estratégico del alto Linares. *Torretarrancho*, *Los Castellares*, *El Castillo de Rabanera*, *San Pedro el Viejo*, *El Castellar* de Taniñe, *El Castillejo* de Buimanco,... cada uno cuidando de sí mismo y de sus campos; y también volviendo la vista arriba, a *El Castillo* de Sarnago. Éste cuidando de sí mismo y observando a todos. En un día despejado, si entraban desconocidos por *Torretarrancho*, en pocos minutos podían saberlo a 15 km de distancia, en Taniñe, el valle de Oncala o Buimanco, y por supuesto en el poblado interior más próximo, *San Pedro el Viejo*. La prevención mediante la comunicación visual como fórmula para evitar una agresión por sorpresa.

Una cuestión muy interesante es preguntarse por el vínculo que hubo entre ellos, si existía una relación de igualdad o, por el contrario, alguno dominaba a los demás. De darse el segundo caso lógicamente el señor o señores de *El Castillo* de Sarnago serían los dominantes. Estaríamos entonces ante una unificación de todo el nacimiento del Linares previa a la aparición del núcleo urbano de *Los Casares*, basada en la superioridad de un castillo sobre los demás.

No parece que esto sea lo más probable, pues prácticamente todos los poblados de las zonas medias agrícolas tienen mayor empaque demográfico y, además, se proveyeron de unas torres, murallas y fosos similares a los de la fortaleza de Sarnago. Por lo tanto las estructuras defensivas apuntan a relaciones de colaboración entre iguales, a la existencia de un vínculo por encima del poblado conseguido gracias al interés común de la prevención y la seguridad.

En cualquier caso la concentración en Sarnago de la, casi con seguridad, principal estrategia defensiva común de todo el valle, proporciona al lugar una mayor responsabilidad, lo que podría traducirse en un plus de poder dentro de la igualdad. Se puede pensar, por lo tanto, en un vínculo especial de este castillo con el estamento privilegiado, el de los guerreros. Pastores guerreros dueños del ganado y dueños de las tierras vigilando en la atalaya la seguridad de todos. Junto a ellos su familia y algunos campesinos encargados de la tierra, quizás también los propios guerreros.

El hecho de tener un emplazamiento tan singular y predeterminado, no sólo para el control de su territorio sino también para centralizar el control de todos los accesos al alto valle del Linares, supone igualmente el reconocimiento de cierta voluntad común a estos poblados celtibéricos para levantar la fortaleza, o al menos su beneplácito, pues a todos beneficiaba. Nadie mejor que un grupo socialmente privilegiado para cumplir dicha labor. En las tierras medias y bajas castillos con gentes explotando campos de cereal y cuidando notables rebaños, arriba, vigilante y protectora, la atalaya de Sarnago a todos tranquiliza y ampara.

Hubo sin embargo un poder que arrolló a todos. Además de los baluartes que ya existían, se ha apuntado que un estímulo para la renovada proliferación de torres, atalayas y castillos fue el avance de la República Romana. El Linares es tributario del Alhama, río que pronto regó un territorio de frontera. Desde principios del siglo II a.C. eran frecuentes las incursiones romanas estivales por el valle del Ebro. Sus legiones fueron afianzándose río arriba durante la primera mitad del siglo II a.C. La fundación de Graccurreis el 179 a.C. en Alfaro (La Rioja), junto al Alhama, supuso su asentamiento definitivo, la primera cabeza de puente romana en un territorio próximo al Linares. Las noticias del avance romano en el sector bajo del río seguro que remontaron su curso alcanzando las fuentes y preocupando a las gentes de Sarnago y a todo el valle. El año que fundó Graccurreis dicen

que Tiberio Sempronio Graco destruyó más de 300 ciudades en este sector de la Citerior. Probablemente no había tantas ciudades en toda Hispania. Se ha interpretado que la mayoría eran en realidad pequeños poblados y castillos como los del alto Linares, que en la pluma del historiador romano alcanzaron la categoría de ciudades para dar más lustre y gloria en Roma a lashazañas del procónsul. Si Graco no llegó a nuestro territorio seguro que sí retumbó el eco de sus golpes en la zona, y también repercutiría el beneficio de los más de veinte años de paz que siguieron a los pactos entre el procónsul y los poblados y ciudades celtibéricos. Décadas después, durante el conflicto numantino, debió existir ya en el alto Linares un



Sarnago.

En primer término el pueblo, detrás y centrado, El Castillo.

núcleo urbano que se desarrolló con mucha celeridad y que restó importancia estratégica a Sarnago. Aun siendo útil, pues sí se alcanza a ver desde la atalaya de *El Castillo* la esquina más meridional del recinto amurallado de *Los Casares*, sin embargo parece que este poblado central ignora a Sarnago. Posiblemente *El Castillo* siguió habitado unas décadas en paralelo a la pujanza del *oppidum* de *Los Casares*, pero sin la responsabilidad que había tenido durante el apogeo de castillos y castillejos. La decadencia y despoblación de estos lugares alimentaría el auge demográfico del núcleo urbano de *Los Casares*, que se proyectaría más allá de los tiempos celtibéricos.

La entidad física de este gran poblado central bastaba para dejar claro quien era el dueño de todo el valle, y pequeñas torres solitarias, colocadas en zonas muy elevadas, cubrieron mejor el control estratégico que ahora se centralizaba y se coordinaba desde el nuevo centro de poder territorial.

Resumiendo, *El Castillo* de Sarnago nace en paralelo a la pujanza celtibérica en la zona, representada en el alto Linares por poblados fortificados con viviendas que se aglutinan en torno a una torre. Son los herederos de la Cultura Castreña Soriana, en la que tienen sus raíces y a la que substituyen.

Desde el punto de vista estratégico-territorial el poblado de Sarnago es una singularidad pues ocupa una posición privilegiada, y su emplazamiento le vincula más con unos recursos económicos ganadero-forestales, igual que los poblados castreños previos, que con la economía mixta de base agrícola de la que participa el resto de castillos comarcales. La revolución del hierro y su aplicación a las labores agrícolas parece que proporcionaron a los tiempos celtibéricos un desarrollo económico añadido, motor a su vez de cambios acelerados en su dinámica política y social.

El poblado de Sarnago es una excepcionalidad comarcal, no por su empaque demográfico, inferior al de la mayoría de los castillos contemporáneos, sino por su relación espacial con ellos, dependientes de su centralidad desde un punto de vista estratégico-militar. Los datos apuntan a que estamos ante un lugar con un plus en responsabilidad social, un lugar vinculado al estamento privilegiado, el de la aristocracia guerrera, que cubriría desde *El Castillo* una función especializada, asociado además al recurso más tradicional y más arraigado –por lo tanto también síntoma de prestigio–, el ganado.

En cierto modo *El Castillo* de Sarnago es el heredero comarcal del castreño *Castillejo* de Taniñe, con independencia de que cada uno tuviese sus propias pautas de comportamiento –cada uno deudor de su época respectiva– pues arqueológicamente las diferencias entre ambos son notables. Entre Taniñe y sus poblados castreños contemporáneos no hay colaboración, sí diferencias en el tipo de poblado y en su relación con el entorno. Entre Sarnago y los suyos hay diferencia en la relación con el entorno (ganadero vs. agrícolas), pero el tipo de poblado es culturalmente idéntico y del conjunto de poblados trasciende una evidente colaboración, un interés común, que él encabeza.

Simplificando, *El Castillejo* de Taniñe, siendo el poblado más firme y altivo de la cultura castreña en el alto Linares parece vivir de espaldas a sus poblados contemporáneos, en cambio *El Castillo* de Sarnago parece volcado en los suyos. Utilizando una expresión latina, es *primus inter pares*, el primero entre iguales. En el periodo castreño (siglos VI-IV a.C.) *El Castillejo* de Taniñe es el poblado que transmite la mayor sensación de poder, durante el periodo celtibérico pleno (siglos III-II a.C.) *El Castillo* de Sarnago aparenta ser el lugar que acapara y coordina el control estratégico. La dinámica social de los tiempos celtibéricos fue acelerada. En pocas décadas, coincidiendo probablemente con la proximidad cada vez mayor del poder romano, surge un núcleo urbano que acapará todo en la comarca: el poder político, el peso social y militar, la producción económica, el comercio y los intercambios,... En definitiva una capital del territorio –en la terminología arqueológica e histórica un *oppidum*– que concentrará dentro de sus murallas a un volumen de población impensable hasta entonces en la comarca. El crecimiento y pujanza del *oppidum* de *Los Casares* de San Pedro en la época celtibérica avanzada parece producirse en paralelo a la decadencia de los castillos, como el de Sarnago. Hay un cambio en las pautas del poblamiento comarcal. Los viejos castillos pierden peso político, subordinados al poder de *Los Casares*, y pierden también peso demográfico, atraída su gente por las expectativas que genera el nuevo y pujante poder central del territorio. El valor estratégico de Sarnago no evita su decadencia. Su posición privilegiada no parece ser valorada en *Los Casares* y en unas décadas está deshabitado igual que la mayoría de castillos. Su ciclo vital se había cerrado. En todos estos acontecimientos y cambios sociales y políticos, muy acelerados, uno de los factores que originalmente los motivó fue la revolución del hierro pero, avanzado el proceso, resulta indudable que una parte importante de la responsabilidad hay que achacarla también a la progresiva penetración romana. Inicialmente por ser el nacimiento del Linares un territorio inmediato a lo que se ha definido como áreas con la aculturación propia de una sociedad de frontera, a partir de mediados del siglo II a.C. por estar involucrado directamente en el devenir de la conquista.

Desde entonces, hace más de dos mil inviernos, se han sucedido entre las piedras de *El Castillo* los hielos y los calores, las tormentas, las lluvias y las sequías, han crecido árboles entre sus muros, y han caído árboles y muros, han pastado ovejas vigiladas por generaciones y generaciones de pastores, de mastines y careas. La memoria de aquellas gentes tan distantes en el tiempo no tardaría mucho en perderse. En los siglos romanos aún se conservaría el recuerdo de unos ancestros que vivieron libres y orgullosos entre aquellos muros de piedra ya ruinosos. El olvido definitivo llegaría con la crisis de la Antigüedad Tardía y con el vacío de poder en los primeros tiempos del medievo. Durante siglos el hondo silencio del olvido fue haciéndose mayor, si cabe, como mayor iba siendo la ruina de sus piedras. Tiempo después seguro que *El Castillo* fue cantera inagotable de buena piedra de construcción para las casas del pueblo.

Seguro también que gentes del pueblo se sentaron entre las ruinas y se preguntaron qué hombres habrían sido capaces de construir con esas piedras, y cómo habrían vivido entre aquellos derrumbes cuando no eran ruinas, allí, junto a su pueblo, Sarnago. *El Castillo*, un lugar ligado al misterio del olvido. Blas Taracena, ilustre arqueólogo soriano de la primera mitad del siglo XX, recupera el pasado celtibérico de Sarnago en su carta arqueológica provincial de 1941, dedicando un corto pero denso párrafo al lugar, seguramente reconocido por él los años que dedicó a investigar en los yacimientos de Taniñe. Medio siglo después, en los primeros noventa, M. A. San Miguel comprenderá su singular papel estratégico, reflejado en su trabajo dedicado a *Los Casares* de San Pedro Manrique. A partir de estas dos referencias, *El Castillo* de Sarnago ha sido mencionado en ocasiones como ejemplo de torre celtibérica.

Si has conseguido llegar a este punto, rematar esta lectura, y todavía no está agotada tu curiosidad, aplastada por el hueso descarnado que suele ser la Arqueología, falta hacer un esfuerzo para comprender un poco más lo que hasta aquí se ha contado. Si tienes ocasión no es mucho lo que hay que andar desde el pueblo para llegar a lo alto de *El Castillo*. Simplemente seguir el camino que desde el cementerio sale hacia poniente. Hay que ascender a lo alto del cerro que se ve enfrente; allí está *El Castillo*. Si se conoce de antemano el emplazamiento de los poblados celtibéricos del Linares es sencillo encontrar a la mayoría. Cuesta un poco reconocer a *Los Castellares* y mucho a *El Castillejo* de Buimanco, camuflado entre los pinos situados al nordeste de su pueblo. Viendo desde el derrumbe de la torre a todos los castillos, disfrutando de la panorámica y el control visual de los valles que convergen en San Pedro, se entiende mejor la importancia del lugar para la zona. Es allí arriba donde se siente de verdad la huella de Sarnago y su papel protagonista en uno de los capítulos sobresalientes en la historia de esta parte de la Sierra y del Linares.

SANTA CRUZ DE YANGUAS, SORIA

OCTUBRE DE 2005